

La comunidad abundante. Epílogo

Con la cita de ese obispo de York, dicha hace ya mil años, Anthony Giddens inicia la introducción a su libro *Un mundo desbocado*. Tal vez estemos en un mundo que quiere ir de prisa sin saber realmente a dónde. Y de ahí que nos hayamos desbocado arrastrados por varios corceles. Uno de ellos el corcel de la tecnología.

Nos preocupan los grandes problemas que enfrenta el mundo: el calentamiento global, la pobreza, la desigualdad y muchos más. ¿De dónde surgen? Desde mi perspectiva, esas grandes problemáticas son propiedades del mundo que emergen de la forma en como vivimos en comunidad. Lo macro tiene su origen en lo micro. En el mundo de lo micro nos encontramos con el mundo de las relaciones. Jiddu Krishnamurti en su libro *Las relaciones humanas* aborda, en las páginas finales, la siguiente pregunta: ¿Es posible vivir una vida en las que no haya conflicto en lo absoluto? Para nuestra forma de pensar occidental, racional y pragmática, es una pregunta sin sentido. Una pregunta fuera de lugar. Una pregunta que denota una ingenuidad absurda. Con el objeto de cuestionar nuestras propias creencias al respecto, me permito transcribir parte de su respuesta.

“En primer lugar, comprendan la pregunta, la belleza de esa pregunta: vivir una vida, no idealmente, no como un ideal que deben alcanzar, sino el hecho de poder vivir una vida sin un solo conflicto. La pregunta misma contiene en sí una gran belleza” ¿Y por qué es bella la pregunta? Mi primera reflexión es mirar a la naturaleza y tratar de comprender su operación armónica que genera abundancia, plenitud de vida que se modifica y trasmite cambiando para adaptarse con orden, sin conflicto, sin apego. Nosotros somos parte de este mismo mundo natural y sin embargo, operamos de una forma distinta porque nuestra especie tiene características únicas, no comparables con las de otras especies. Entonces, ¿el ser diferentes nos otorga el derecho de poseer, de excluir, de acumular? Y continúa. “Uno formula esa pregunta porque es sensible, porque se da cuenta de este enorme conflicto entre los seres humanos, el cual termina en la guerra, en el divorcio, en el total descuido del uno por el otro, en la insensibilidad y todo eso.”

Sabemos que el conflicto es de naturaleza emocional y las emociones involucradas son las que generan las conductas asociadas al conflicto. Entonces, lo que Krishnamurti parece sugerirnos es cambiar nuestra emoción en todas las relaciones con otros. Alejarnos de esas emociones que excluyen y generan sufrimiento.

Regresemos a Giddens (*op. cit.*). Nos dice: “Una buena relación es una de iguales en la que cada parte tiene los mismos derechos y obligaciones, en la que cada persona tiene respeto y quiere lo mejor para el otro. La relación pura se basa en la comunicación. ... Hablar, o dialogar, es la base para que la relación funcione. Las relaciones funcionan mejor si la gente no se esconde demasiado de los otros -tiene que haber confianza mutua-. Y la confianza ha de construirse...” Según Giddens, con este y otros principios similares se puede lograr “la emergencia de lo que llamaré una democracia de las emociones en la vida diaria... Una democracia de las emociones no implica falta de disciplina o ausencia de respeto. Busca, sencillamente, darles una nueva dimensión.”

Entonces, una comunidad abundante, siguiendo el símil del mundo natural, será aquella en donde el conflicto no es lo privativo en las relaciones. Se privilegia el diálogo, la escucha mutua, la construcción de confianza y posibilidad de generar espacios armónicos que nutran el desarrollo de todos los miembros de la comunidad, especialmente que se haga responsable del cuidado de sus niños para poder instalar conductas que nos permitan transformar la cultura actual a una que, usando la palabra en su mejor sentido, sea realmente más humana.

rloyola@me.com